

Marcelo Luján

“La novela se construye como género desde la acumulación”

Cuentista y novelista Marcelo Luján nació en Buenos Aires en 1973. En 2001 se radicó en Madrid, donde trabajó como periodista. Ha publicado ‘Flores para Irene’ (2004), ‘En algún cielo’ (2007), ‘El desvío’ (2007), ‘La mala espera’ (2009), ‘Arder en el invierno’ (2010) y ‘Moravia’ (2012)

CARMEN MORENO
FOTOS: FERNANDO MONGE

Es inevitable recordar ‘El extranjero’ de Camus al leer ‘Moravia’? ¿No estás harto de la comparación?

No, me parece inevitable. Algunos lectores, algunos críticos, encontraron similitudes en la cadencia de la historia, en el ritmo, quiero decir, y en ese aspecto lo tomo como un piropo porque Camus es muy grande más allá de *El extranjero*. Si te refieres a la anécdota, al párrafo de *El extranjero* en donde Camus describe el hecho policial ocurrido en alguna parte de Checoslovaquia (lo inserta como un metatexto), tengo que decirte que ese suceso es una leyenda urbana, un cuento popular euroasiático anterior a Camus. La pieza teatral *El malentendido*, publicada dos años después de *El extranjero*, también se basa en

esa anécdota, aunque la parábola fuese otra. Pero no me molesta la comparación porque creo que *Moravia* cuenta muchas más cosas que un asesinato y, por lo tanto, excede lo anecdótico. Raúl Argemí, autor al que admiro, me dijo que *Moravia* le recordó a esos textos de Onetti donde parece que no va a suceder nada y después sucede todo, incluso lo impensable. Es uno de los comentarios que más me alegró.

Dices de tu novela que, en el fondo, es una tragedia griega. ¿En qué quedamos Sófocles o Camus?

Moravia tiene estructura de tragedia clásica: el héroe truncado, el héroe que hace oídos sordos a las advertencias y traza su propio destino. Me gusta la idea que escuché por ahí de que Lidia, la esposa, funciona como oráculo en aquello de las advertencias desoídas. Y me gusta, también, que *Moravia* quepa o encaje en los

parámetros de la tragedia, que sea leída con esas claves, con esos códigos. Y sabes por qué, porque todas las tragedias clásicas, a mi juicio, son historias negras. Mencionaste a Sófocles y se me viene a la mente *Edipo Rey*: un tipo que se quema los ojos porque descubre que mató a su padre, que se estuvo acostando con su madre, con la cual se había casado y no sé cuantas cosas más. ¿No es eso, acaso, una historia terriblemente negra?

‘Moravia’ es una novela que se detiene en el detalle, que avanza no como lo haría Discépolo, sino como lo hizo Aníbal Troilo, ¿es por eso que Koscic es bandoneonista?

Te voy a contar un secreto: no tengo ni idea de por qué Juan Koscic es bandoneonista. Supongo que escogí esa profesión porque era indispensable que el personaje triunfara, en el sentido económico-profesional, que se

hiciera muy famoso, y que esa grandísima fama proviniera de su talento, de su capacidad individual. Y era 1935. Si le hubiese tocado la lotería no me habría valido puesto que el disparador de la historia es el regreso pero no un regreso común y silvestre sino un regreso con tintes vengativos, y esos tintes vengativos –que Juan Koscic proyectará como un juego algo perverso– están originados en la negación de un talento, nunca en el azar. En los años treinta, los futbolistas no ganaban lo que ganan ahora, ni repercutían tanto desde el extranjero, ni decían por televisión soy rico, guapo y famoso. La solución estaba por el lado del tango, de las orquestas argentinas que triunfaban en Estados Unidos o Europa. Carlos Gardel, entre otros, es un buen ejemplo. De todos modos, el mundo que narra *Moravia* es un mundo cuya puesta en escena sería imposible hoy en día. Es un mundo que ya

no existe, aunque el mal no envejezca nunca.

No vamos a revelar cómo acaba Moravia, pero ¿merecía Koscic ese final? ¿Por qué?

Varios lectores coinciden en que les impactó mucho el desenlace de la historia y, por lo tanto, el destino del protagonista. Personalmente no sé si lo merecía o no. El juego de las apariencias, la burla premeditada, en un escenario tan especial como es el de

Suelo poner mucho énfasis en los desenlaces, incluso en un género como es la novela, donde no es excluyente el golpe final

Moravia, permite casi cualquier acción. Es verdad que suelo poner mucho énfasis en los desenlaces, incluso en un género como es la novela, donde no es excluyente –como sí lo es en el cuento– el golpe final. La novela se construye –insisto: como género– desde la acumulación. Recordando la metáfora boxística tan acertada de Julio Cortázar: la novela gana por puntos, el cuento por KO. Pero si tenemos más o menos conseguida la victoria por puntos, incorporar un KO fulminante incrementaría la calidad de esa supuesta victoria. En ese aspecto, trabajar una novela con ciertos atributos más propios del cuento, creo que la fortalece y que la hace distinta.

La mujer de Koscic, Lidia, aparece siempre como en penumbras y acaba convirtiéndose en Penélope sitiada por un mundo que no comprende, con un idioma que no domina, ¿no crees que le pro-

pinaste el peor de los castigos?

Lidia es un personaje clave en la historia. Y lo es de principio a fin. Ella es el vértice que determina la suerte de su suegra y de su cuñada, es quien advierte sobre la presencia del mal, y es ella quien proyecta las diferencias de clase, elemento que siempre quiere exponer en esta novela. Que no hablara ni comprendiera el castellano me sirvió para robustecer uno de los momentos más álgidos de la historia: cuando Lidia, impedida y desesperada, le habla en checo a su suegra. “Levantó la vista y de sus ojos azules salieron las palabras imposibles: Jsem Lidia, Juanovova manželka. Manželka jeho syna” (Yo soy Lidia. La esposa de Juan, la esposa de su hijo). Es en ese instante cuando la historia verdaderamente explota. Por supuesto, dentro de la ficción, Lidia Míclav es quien menos merece la desgracia.

En realidad, el leitmotiv es la venganza, los rencores no curados: el protagonista se va envenenado de su pueblo porque su madre y su hermana no solo no creen en él, sino que le humillan... ¿esa es la historia del ser humano?

Entiendo, afortunadamente, que no. Aunque la historia del ser humano suele transitar con bastante frecuencia esos andariveles: me refiero al rencor, a la venganza, y al veneno. Sí es cierto que Juan Koscic regresa a su pueblo natal para echar en cara, digamos, algo que él considera un error imperdonable por parte de su madre. Ese error, esa negación, ese maltrato, le amargó la existencia desde su juventud hasta mucho después de entrada la madurez. De ahí la promesa que se hizo cuando escapaba medio de polizón en la cañonera uruguaya: la promesa de que algún día regresaría rico y famoso. Sin embargo, no es el co-



razón de la novela que él pudiese cumplir la promesa, sino el modo en que decide cumplirla.

Moravia es una de las tres partes de la antigua Checoslovaquia, junto a Bohemia y Silesia, ¿por qué elegiste Moravia?

Durante el proceso creativo, los autores tomamos muchas decisiones que no siempre tienen una explicación plausible. La idea ini-

cial era que ambas familias –los Míclav y los Koscic– fuesen de una misma región. Todos los checos que aparecen en *Moravia* son moravos, incluso Lidia, que nació en Praga –Bohemia–, porque sus padres se trasladaron a la ciudad. Lo único que necesitaba era una región en donde fuese posible el campesinado analfabeto y las clases instruidas o patricias. Revisando la historia de Checoslova-



valía intelectual y literaria de Jorge Luis Borges es irrefutable, en eso estamos todos de acuerdo. Creo que debería haber sido, entre otras cosas, premio Nobel de literatura porque demostró, en su disciplina, sobrados méritos para ello. Pero justamente fue su veta no-literaria, digamos, lo que le impidió ese reconocimiento de la academia sueca. Borges solía hacer declaraciones muy desafortunadas sobre casi cualquier cosa que no sea literatura (reparar esas afirmaciones sería hasta cruel, pero son de dominio público). Y no me refiero a su ideología porque eso, salvo extremismos descrebrados, nunca debe ser un condicionante. No tengo dudas de que fue un escritor extraordinario, de lo mejor que dio nuestra lengua en todos los tiempos. Pero insisto: su postura para con la sociedad –esos torpes alardeos oligárquicos que soltaba como si le hicieran gracia–, más allá de la coyuntura, fue un verdadero desastre.

Te voy a contar el argumento de un relato: escritor argentino, llámémosle Marcelo Luján, que via-

La historia del ser humano suele transitar con bastante frecuencia esos andariveles: me refiero al rencor, a la venganza, y al veneno

ja por toda Europa y decide asentarse finalmente en España, en este país comienza a ser un autor indiscutible, ¿ensayo o ficción? Bonita pregunta. Preferiría decantarme por la ficción. En primer lugar, porque es la ficción la responsable de que ese argumento que planteas tenga razón de ser; y en segundo lugar, porque –como afirmó Juan José Saer en ese texto precioso y preciado al

que titulé *El concepto de ficción*– verdad no es necesariamente lo contrario de la ficción, del mismo modo que el rechazo escrupuloso de todo elemento ficticio no es un criterio de verdad.

En una entrevista leí que te gustaría que te preguntaran cómo haces para vivir dedicándote a lo que te dedicas... ¿Cómo lo haces?

No lo hago, pero siempre es bueno recordarlo. Recordar que es muy duro y muy injusto no poder vivir del trabajo que uno hace, incluso suponiendo que uno lo hace bien. Y esto es así por varias razones pero sobre todo porque ejercemos el oficio peor pagado que existe. Además, muchas de las actividades las realizamos ad honorem, generalmente como moneda de cambio de una supuesta y muy discutible publicidad personal. El día que los autores actuemos de un modo más corporativo, o, ya puestos, el día que podamos pagar los recibos con fotocopias, esto es, pagar con nuestro trabajo, con nuestras historias que a veces nos llevan años sacarlas adelante, tal vez al-